

Nora Bruccoleri

Memoria del Pedernal

Memoria

La montaña es una mujer que te espera.
Ella sacude su espanto,
cada vez que recuerda las viñas
que podaron en marzo.

Hombre que sabes cantar
con una flor de albahaca en la oreja
y partes los postigos
cuando el gallo se cuelga de tus sueños,
no olvides la tierra
que sujeta sus aguas,
cabellos enredados y fríos,
para darte luz y hacer de la siesta
un escondite viejo de aromas y nostalgias.

Las arañas de la sed
tejieron estos, tus veranos,
con el lenguaje del que habita un desierto.
Así la paciencia fue un canasto y un sosiego
de ciruelas y asombros
para tu mirar quebrado.

Hombre que prendes el color de las piedras mojadas,
allí donde se entrometen los hachazos de la nada.
No olvides estas polleras de jarilla.
En sus cadencias las abejas
encuentran la cintura de la esperanza.

Tibiezas

Las barbas cordiales y el ingenio del labriego
arremolinan secretos de árboles ausentes.
En el pulmón de la hoguera un amor furtivo
inventa algunos credos con olor a hojarasca.
Bajo los potros sudorosos y en el antojo del viento
hallan refugio los ecos amarillos de la tierra.
Con el balanceo cierto de la niña en el alba
se colman las cestas de tibiezas rosadas.
Es la vejez del año
y sin embargo hay latido.
La niebla sucede.
Se yerguen transparencias
y en un regazo de avena se detienen los pájaros.
Es el portal encendido de tantos ramajes.
Ribera doliente de antiguos deseos.
Un vagabundo piensa
que su sombrero vuela porque vuelan las hojas
y así la energía encuentra montura,
jubilosa en la niebla y dorada en la espera.

Usanza

Van tras las ruedas mendigas
deshabitando puertos.

Venas de madera
tendidas en el ritmo de unos zapatos,
que por las mañanas interrogan al siglo
desde tristes agujeros.

Ante el mesón
donde las mejillas son navíos rojos
y las palabras abren persianas,
ellos con su ración de abismo
elogian la sortija farsante
y en una esquina
muerden los pasos que se arriman.
Son los furtivos de la historia.

Mientras, la usanza de dar refugio
cuando la noche desgrana el frío,
de tener como patria un huerto
para dar alero a las aves
y a los insectos, continúa
y continúa intacto el cristal del hombre
que horada el día repartiendo alientos,
desde el carro erguido
donde el sol olvidó las herramientas.

Lluvia

Llueve.

Refriego entre mis manos
tu presencia.

La lluvia,
esa intrusa en nuestras venas
nos convida otra luna.

Novela haragana
que peina rostros
y pone cerezas en las palmas.

Intenta otros puentes
y los anda despacio,
casi como se va un verano.

Es la lluvia una loca
que canta cada caída
y te trae a mi pelo
en la sorpresa de una fogata.

Te nombro
con el gesto del árbol
al demorar la noche,
y nos quedamos gota a gota
hasta bebernos
el canto de un gallo.

Testigos del otoño

La fruta del otoño se olvida
entre las tintas preñadas por el sol
y el animal lento de follajes
bebe la tarde que se va.

El agua persiste en azular a los hombres
peregrinos del papel.

Los que abanicán surtidores para ahuyentar al olvido
deletreando el universo de un silencio
seco de huesos que acomodan los gestos,
que declina

si aparece en el balcón de los ojos,
el material inconfesable del que ama.

El amor esconde plurales, los gesta
y al parirlos los revuelca con el riesgo
en la penumbra del deleite.

El otoño atiza la ternura,
nos sentamos junto a sus maderos
y la brisa que los enciende
sobrevive en la piel que atestigua.

Deben suceder los testigos
como le sucede el pan a la harina.

Hay pueblos que lloran dormidos,
el crimen se adueña del cuerpo
y no hay descanso,

se caen los molinos, se agranda la ropa.

La pena es una perra que aúlla de hambre
pero no come.

Pueblos que cargan los años con los muertos
que convocan,
que dan vuelta con prisa las páginas que no cambian
la razón gris de los necios.
Testigos del papel,
urge la palabra que alce al otoño
y lo sirva como sopa,
lo cepille temprano,
le acaricie el perfil
y lo despida después del año.
Testigos del aire,
los que nunca fueron seducidos por el humo.
Con melena de hojarasca suele el viento emborracharse
y estar meciendo licores que alguien debe rescatar.
Hay niños condenados a la pausa
cuando se trata de llegar.
Los que perdieron la cuchara y encontraron agujeros.
Testigos del agua,
aquella conversadora de embriones.
Testigos del ave, del óxido, del pasto,
del nunca y del presente.
A clavar palabras,
las propicias,
las que vuelvan inútil tanto desamparo.

Ansias

Aúlla el hastío en las ventanas desprevenidas
castigando el pulso de la luz.

La casa es una guirnalda callada
y el día una herramienta de arena.

Las miradas se vuelven pozos.

Todo es una espera sin jugo,
un mendigo haciendo señas en la neblina.

Mudos de sol
tropiezan con el traje quebradizo del olvido.
Son los habitantes que enhebran tristes rutinas.

Y más allá,
donde una flor da sentido al color del payaso,
donde las garzas parpadean asombros.
Allí donde las uñas son los girasoles del trabajo,
la estadía del verde es una casa que huele a limones.
Donde las ansias son piedras calientes,
un muchacho enamorado se detiene
y escucha la colmena del futuro.
Es el amor un molino curioso
despereza al aire en el vientre de la vida.

Transparencia

En la tumbazón del océano
amontono los pellejos del tiempo.
La saliva de sus criaturas es el lazo
que me enrosca a la profundidad de mi sangre.
Bañada en su desvelo
en sus carnes de espuma espesa
sacrifico la necedad.
Esa culebra que se burla encogida
de lo más húmedo de mis sueños.
Con el hacha del viento, voraz de olas,
me sumerjo en olvido y vuelvo.
Vuelvo con los párpados de nácar
a reflejar la desnudez
que la tierra oculta en la hondura marina.
Boto allí la ramazón nerviosa,
que crucifica en el aire de mis días
las uvas que el amor debe guardar como botín,
para el futuro sediento de vientres poblados.

Y con los aretes cristalinos
que el mar cuelga a sus aves,
tomo el pulso a la aventura cierta de ser alimento
en el juego vital de todo lo existente.
Así, con el lenguaje del agua
anciana de sal
jineteada por algas
me empobrezco de rutinas,

me curo con sus estallidos
con los coletazos de los peces
con las huellas de su frío.

Creo que el mar hospeda la temperatura
de la guerra que durante años
mantiene la ceniza con la simiente.

Sin acusaciones, con arenas favorables
en la tempestad de la vida y de la muerte,
con los tambores del oleaje en las rocas,
con esos brujos guiadores fecundos del sentido,
persiguiendo la transparencia con apetito renovado,
abandono el acecho de cualquier naufragio.

EL VIENTO

El viento en las noches
es un caminante temerario.
Atraviesa la posada larga de los recuerdos
derramando los duendes del sonido
con nombre de pájaros y temblores vegetales.
Sopla silbatos y sobresalta ventanas,
aquellas envejecidas de sueños.
Quien lo escuche,
debe albergar su garganta de aire.
El entrará, pero seguirá de largo.
Su amorío con la hojarasca lo desvela.
Sacudiendo aromas origina lumbres.
Amarrando gestos canta nostalgias.
La luna ahonda su sentido mirando abrazos,
que revuelcan lo que una vez
fueron lenguas verdes y altas.
El viento en las hojas,
cobrizo y antiguo,
viaja y abraza
la energía del polvo
en la cabellera del tiempo.

PIMIENTO CAÍDO

Caído sí
pero no de espaldas.
De cara aún al cielo
que por años,
supo de la conversación
roja y redonda de mis frutos.
Entonces la apacible frescura,
el aroma invernal
se trepaban por el ramaje del solitario,
de los amantes, de los niños,
de aquellos que leían junto a su perro
la dicha que no poseían,
los que alguna vez
decidieron sentarse a esperar
en el banco que fue testigo
de mi amor por la altura.
Por ella elevé mis razones
casi hasta besarla.
El banco que recibe mi caída,
amigo que habiendo sido cómplice
de mis raíces,
esta tarde de mal viento
me sostiene con sus brazos,
para que el resistir
sea la savia
sea el verde
sea el último pájaro.
Caído sí
pero no de espaldas.

EL TIEMPO

En un pocillo de café,
en la plaza de la tarde
cabe la nostalgia.
Entonces el correr hacia atrás
con las piernas venturosas,
las que conocen al amor por gajos
y se guardan las semillas,
siempre las guardan,
huelen el verde y luego descansan.
Cabe ser un entrometido
y sentarse a trenzar con las hilachas,
que cuelgan como cuelga un sombrero
de las manos de un viejo.
Cabe encender la lámpara
y mirar los ojos de la primer arruga,
la que se anima a herir
las venas del coraje.

PRIMAVERA

En la piel de las mujeres
que cosen con la línea de sus labores
las antiguas roturas del sol.
Primavera en las veredas onduladas
por la vejez de los olmos,
maromas de la edad menuda.
En las camisas del tendedero
y en los hombres que regresan
con la sensualidad de la tarde.
Primavera recién bañada
en las calles de tierra,
los regadores levantan ese olor
con el que todo empieza de nuevo.
En aquello que moja un beso.
En la falda que se desvanece.
Y en el papel que enreda el viento
para volver de plumas la palabra.

SONIDOS Y HEREDADES

SALTO

Sentado en las líneas de su frente
fumó despacio los años venideros.
La ventana era el humo sin los "buenos días",
aquellos que respiraban migas
desde las flores de un bolso.
Y en la inmediatez,
en el claro movimiento de sus ansias
subió desprendiéndose de las estalactitas,
que suelen rumiar con la vejez.
Subió
y el espejo del techo abierto
deletreó rincones blancos con los signos del tiempo
El aire iba entrando sin golpear.
Por eso su casa dio de beber al bastón
que tenía su edad.
Y el suelo comenzó a oler como las cortezas
que se despojan de sus esencias en las tormentas.
Su residencia echó a volar puertas
y paredes maltratadas.
Ahora remontaba suavizando escalones,
como su mujer follajes
en las mañanas que huía al parque,
en una bicicleta que rebanaba el viento
y hacía muecas al orden que barre ideas.
Y ahora él subía
deteniéndose
en el recuerdo frutal de esos niños,
que canjeaban al verano la escuela por el trino.
Sus hijos.
Y ya no dolía el recuerdo.
Pensó que entonces llevaba la victoria,
como lleva el amor aquel que no lo nombra.
Los pantalones del cielo cobran sentido
por el tono confidente de los crepúsculos.
Fue la despedida del techo el desvanecer de la agonía.
Los descansos eran buenos
para escuchar las risas amigas,
que había suicidado junto a los pasos del sol.
Y ahora

gracias a lo mágico del presente estaba allí.
Subido en la cresta de su antigua casa,
mate robusto que supo emparentarlo
con el quehacer humano,
que tanto se parece, pensaba,
al de los pájaros
heridos de bala,
de sueños,
de alas.
Hombres obstinados en que sus brazos vuelen
y sus pares sean espigas o manzanas.
Subió
y en una esquina la altura le dio la mano.
Allí se quedó y vio lejos.
Ignoró al pasado
y fue su corazón emergido la próxima escalera.
Pero no comprendió si subía la vida
o por fin la muerte.

ABANDONO

Lleva en las uñas la mueca del abandono.
Huyendo desencaja la risa.
Se trepa a los perros
y su cabeza primitiva cabalga soledades.

A patadas lo monta la desgracia
de llevar la ternura,
como quien lleva al hombro una carga de espanto.

Es entonces cuando arremete
y escribe en los murales
la negra suerte de su infancia.

La del golpe
soberano saludo desde los rincones.
Los de la casa sucia
de miedo y ausencia.
Los que lo tumban,
lo pisan,
lo pierden.

DESNUDEZ

En el estanque de nuestra desnudez,
como una golondrina ebria
atravieso los labios del gozo.
La tertulia de los cuerpos
en el umbral del silencio
abre los surtidores de la piel.
Es musgo dócil
que corteja al deseo.
El vigor se vuelve un cisne
en las cabelleras de la ternura.
Y del balcón del sosiego
nos lanzamos en grupa
a la ensenada del amor.
Allí tu aliento renueva la hierba
y en ese establo mecido de luna,
desclavamos lo inesperado
y somos estatuas abrazadas
al correr de los astros.

LA MUJER

La mujer que inició tu sombra
la concibió para el deleite,
de aquellos que al pasar
se atrevieran a tu costado
como junto al faldón del deseo.
Y momento a momento
abrieran la oscurana de tu piel,
para llenarse la boca de vida
con la pulpa diamantina de tus higos.

La mujer que inventó tu tronco,
tal vez imaginó que el siglo te inclinaría
y la conversación del pueblo
se te subiría a las hojas,
como hormigas que esperan la fruta.

La mujer que rompió la tierra,
allí te condenó a la bella quietud
de esperar al viento
y con él cantar verdes misterios.
Se peinaría los cabellos
sólo por asistir
a los sucesos de tus años.

SIESTA

La casa tenía rincones
que aprovechaban la siesta
para hacernos señas.
Uno de ellos era un cajón,
sabio en ahuyentar la quietud
de tanto silencio.
Allí estaban aquellos lápices.
Aquellas cajas ajustadas de gomas
que no lograron borrar jamás
su olor de nuestras vidas.
Mi hermana y su contar audaz.
Yo la seguía
con la certeza del amparo.
Mientras el destino
paseaba por nuestro tiempo.
Y ya no nos veíamos.
Trepaba a algún lápiz
y corría por el pasto,
tropezando con el viento
que me curaba de las noches malas.
Entonces con mi caballo
dejaba atrás el miedo,
podía respirar las hojas de cerca
y escuchar una campana.
A veces aquel lápiz era un árbol,
que me dejaba ser pájaro por un rato,
hasta que el ruido de alas
despertaba a los de la casa.

ABUELO

Y en el tiempo de la sandía,
el abuelo arrendaba sus bueyes.
Distraídos con el camino,
rodaban a la costa.
Enseñoreados con el vigor puntual,
que abraza pausas tan antiguas.
El abuelo carreteaba su historia,
mientras los bueyes carreteaban lentejas.
Las riendas de la muerte
quebraron sus amores.
Pero no desgranó el maíz
en la estepa del dolor.
Daba vuelta el año,
destapando tinajas de chicha
cuando el invierno abrigaba las lluvias.
Arreglador de zarzas.
Fundador de chacras.
El abuelo trillaba vida,
compartiendo la semilla
en la parva del silencio.
Y mitigaba asperezas,
cuando el amanecer lo encontraba
entre su fogata
y la que anclaba en una paila.
La que hacía miel de peras.
Así el retrato del abuelo,
que ondulaba la soledad del campo,
mientras criaba conejos
junto al canal de sus años.

DIEZ AÑOS

A los diez años
el río cabe en un vaso
y a la hora de la siesta
el corazón se lo bebe de golpe
y de golpe se va
como monarca del agua
a peteco de todo el sol,
del sol que seca al instante
las penas que empapan
y vuelven oscuro al juego más claro.

A los diez años
el arco iris es una vincha
en el cabello de las ventanas
y con ella se ve mejor,
se ve tal cual
el día que siempre nace entero.
Con el frescor del navegante
todo vale
todo calza como sandalias vegetales,
entonces el andar es un globo de gas,
una historia viajera
que conversa con la poesía de los umbrales.

A los diez años.
no hay naufragios
sólo botellas al mar
con letras de pintores,
con aquellas cartas que presagian agua dulce
y aleteo de jazmines,
para tardes que suelen penetrarnos
de nombres quemantes.
Cartas que trizan la condena del aburrimiento
y alimentan con el perfume
de maderas que serán violines
en el refugio de la voz.

A los diez años
las llaves se caen,
se pierden,
no se inventan.
Y el amigo siempre
deja que sus puertas
se abaniquen con el follaje del encuentro
y la aventura del silencio
tiene ojos que resucitan
cada recuerdo que solloza
por no ser piedra.

A los diez años
las palabras se miran
en faroles vagabundos,
entonces son casi llovizna
en la esquina del árbol,
donde todas se cuentan secretos
antes del ancho sueño
que arremete sin preguntar,
apagando la luz
y escribiendo la fortuna
de fatigarse entre páginas limpias.

EL CANTO

Murió como la avena que los caballos asaltan,
la locura abrió la cerca
y el habitante de su tiempo fue el encierro.
En todo encierro la sortija solitaria
cubre las mejillas de escarcha.
Quien no huye de ese puerto
tendrá que moler su harina con cascotes enemigos.
Y ellos impondrán el ritmo maldito del hospicio.

Tendió al sol los recuerdos
y antes de morir presentó batalla.
Se perfumó las ansias,
las que escondía desde muchacha
entre las hojas tibias de sus enaguas
y las echó por la ventana.
Alguien tendría que pasar
o el viento llevarlas.
Alguien que apresurara la sangre
ante una mujer que se pintaba de luz
y cantaba bajo los árboles.
Esperó en vano.
Un día vio al esqueleto de sus desvaríos
y se quedó allí, a la orilla del agua,
convertida en canto.

TU SOMBRERO

Una noche con sombrero.
Ti sombrero gris.
La herrería de tu sangre
en todas las páginas de mi firmeza.
Una noche sin tu muerte.
Sin la lectura de tu entierro.
Con algunas razones que pintan alas
desde las veredas de tu sombrero.
Ay tu sombrero duro.
Duro como la fruta dura,
el verbo de la madera.
Tu sombrero en mi cabeza.
Acariciándola como entonces.
Lo rodeo con el rostro de mis manos
y le dibujo un pájaro.
Ay este amor de sombrero.
En el hueco de tu copa
me quedo quieta,
como en tus piernas cortas
como en tus piernas mundo
y miro en el espejo de los hijos
la música intacta de tu recuerdo.
Andamos lavando
la figura de la muerte,
tendiéndola al sol
para alumbrar
ciertos ropajes de la vida.
Tu sombrero es el culpable
de tanto atrevimiento.
La suave felpa de su presencia
resucita a tus baúles navegantes.
Tu glorioso patio emerge
y me introduce como un verso amado
en las tímidas almendras de mi niñez.

AMIGA

Voy a invitarte
antes que el cansancio
a escaparnos.
Aún existe
aquella atrevida comarca
y continúa abierta
la cintura de nuestro coraje.
No temas.
Sólo cavaremos
para conducir al rocío
hasta nuestras mañanas relegadas.
Así el gallo
anunciará otro río.

Sé que el potaje
junto al leño custodiado,
el olor peregrino de naranjas,
el arisco arco iris
delatarán un silencio ardiente
y un arrullo nublado.

Entonces
ávidas de los días penetrantes
y templadas en el código
de una fuente
nos sorprenderán
diáfanas
con las alas puestas.

LA VERDAD Y SU MADEROS

HIJOS

La cara del mar
suele ser de piedra
y por ello
aunque es cien veces golpeada
sigue allí
convidando su suerte.
La calle les irá cambiando
el rostro
aunque sé que siempre tendrán
el andar vegetal
que una vez los nombró.
Hijos del anís
Y las fieras sueltas.
Hijos de la mecida lenta
de las nubes.
De los vidrios empañados
todo un invierno.
Del fuego que levanta al alba
al hombre que piensa.
Hijos de aquello
que no se nombra
"Suelen las mariposas
perder el vuelo
si uno las toma".
Hijos de las estrellas
que bajan a oler el aliento.
No queremos huellas rotas
uvas sin pájaros
fantasmas de otros.
Pero solemos extraviarnos
y el agua que todo lo puede
sigue de largo.
Ustedes sabrán a cada instante
darle los brazos.
Podrán respirar sin miedo
allí donde imponen morir.
Tendrán la suerte del mar
metida en los huesos.
Así nosotros volveremos a besar
lo más bueno que tuvimos.
Volveremos en el futuro
de un sorbo de agua

de una pluma marrón.
Volveremos en las venas
de los sauces
a mirarnos en aquel río.
Hijos del amor mojado
un día de calor.
Del amor que hurga
hasta que la ceniza se ruboriza.
Hijos del amor que come manzanas
y huele a ellas.
Quiebren la caña
si no canta.
Rían, rían de más de aquel poeta
que olvida su tiempo.
Hurten el plato lleno
y olvídenlo en la puerta
del que nunca tuvo casa.
Hijos del amor que no se nombra
"Suelen las mariposas..."

CAMINOS

La cordillera de la muerte
tiene en sus nervios helados
los trancos de su acabada vigilia.
Símbolos y dardos
rumiando en callejones cotidianos.
Símbolos con flecos teñidos de aburrimiento.
Y dardos del miedo azuzando abandonos.
La muerte y sus intrigas...
La silueta milenaria de su presencia
transpira hasta el límite de nuestro pulso.
Allí suspendida
alienta el destino del único día
que echará montura a la razón de tanta labranza.
A la vida.
La que siempre muestra raíces intactas
y perfora horizontes de misterio.
La que camina por sus arenas
con el ritmo insistente de la duda
y el acento único de lo cierto.
La vida y sus esmeros.

AQUELLAS MANOS

Aquellas manos obligadas a cuajarse en hachazos
son los troncos que comulgan con el río
y se embriagan con el llamado hondo del barro.
Manos de hombre con poses de árbol
que persisten en batallas celestes,
deletreando el rubor de la tarde
cuando ésta perfuma como menta vivaz.
Hombres que tropiezan con alambrados
y suben a los ojos ecos de volcán.
Son los que encienden un faro
en la turbulencia de los días
y se acuestan con mujeres
que peinan su sangre a la orilla del pan.

EL HOMBRE EN INVIERNO

El hombre en invierno astilla su mirada
cruzando la espada con la sabiduría de los andenes,
en aquellos momentos de conjugar memorias.
Y en ese fuego,
vuelto un león sin dientes
desparrama el deseo en los límites del hierro,
como un prisionero que oferta el polvo del futuro.
Polvo donde brilla su genio como un testamento.

El hombre en invierno ovilla la espalda
de aquellas tristes distancias que apresuraron besos.
Arena en la mano para encender castillos.
Arena en el coro del viento.
Distancias con luz de escalinatas donde el amor desvanece.
Colinas que se desmigán en la suave violencia del tiempo.

El hombre en invierno leña silencios,
con el valor del que escribe verdades.
Atesora el origen de sus paredes
y la piel de su perro.
Es un continente con idioma en los pasos,
es la promesa que interrumpe puñales.

El hombre en invierno
lleva en la sangre represas de montaña.
Un día el agua olvida su castidad
y cabalga las telarañas del aburrimiento.

CONTIENDA

Los audaces gravitan sobre un pie en la punta de las torres
Los audaces alegan que el aire es un camino que espera pedaleos.
o en las arrugas de un acordeón.
El lomo de una avioneta es la montura para sus banderas
Lo trepan con un ramo de flores
y escoltan a las gaviotas profesantes del espacio.
Garabatean con su verdad
las corbatas transitadas por la prensa
aquellas sabedoras del teatro urbano.
Los puertos inventores de pañuelos,
saqueadores del delfín y sus ingenios.
Ocurre su verdad en la suerte humeante de las chimeneas,
las que amonestan el día de los oficianes.
En las plazas enamoradas de sus faroles
y en las sombrillas distraídas.

Mientras el pueblo vacía las valijas de su hartazgo.
Y los destartalados fantasmas del miedo y del hambre
tropiezan con el presagio de una banda,
que retrata sus fugas y olvidos en los adoquines callejeros.
Hay quien carga la música a la espalda
y anda aplanando el pasado
con el obsequio de platillos y tambores.
El caballo verde del presente
aparece en los parajes sin mudanza,
su correría trueca lo calvo de las minas por rulos de luz
y el trabajo dispara la enredadera de la razón
a todos los hombres que leen el vaivén de las mariposas.
El pueblo de los frutales vueltos proclamas
por los hombres que malgastan la desgracia
en el gobierno de un organito.
Así como volcanes y nubes tienen el hábito del encuentro,
este pueblo de inenarrables volantines
sopla recados desde alguna ventana a la luna.
Idea el puente que se desvela
en las andanzas de los girasoles
y prendido a esta danza curva su sangre con el arco iris.
Pueblo consejero de carruseles,
de multicolores aerostatos,
de manos tomadas como distintivo en la geografía de la pena.
Pueblo paciente en su batalla
por dibujar un rostro al sol que abrigue a todos.

Y ME MANTENGO EN LAS TORMENTAS

Persigo al árbol que es mejilla del aire
y me enredo a su cotidiana elevación.
En su espacio la tormenta no divide las abejas del día.
El verde insiste y calza el rito de los pasos.
Aquellos recolectores de madrugadas
que exprimen verbos y beben nada.

Las piedras costureras del camino
suelen darme un color perseverante,
el que transitó blusas y frutas del verano
y ahora es descanso.
Descanso y memorias de tormentas
que cabalaron con la crueldad de sus instintos
y al sereno del sol evaporaron los males
en la tímida piel de una flor solitaria.

En la línea azul de la montaña
olfateo la preñez del horizonte.
Ella cuenta a mis desvelos
la tragedia emplumada del viento.
Quien busca en el abismo mirar largo,
entibiarse de persianas
y en la altura descifrar los legajos del misterio.

POESÍA

Senos de una estrella en las regiones de la tristeza.
Puma de las calles devorando nombres infectos.
Religión de la madera en el tiempo de los muertos.
Y la inocencia de un bote en mi sangre.

Poesía de la nieve
para incendiar el camino del que ya no espera.
Montada en un andén mineral,
será palabra de un encuentro en las almendras del mediodía.

Vejez cristalina de los libros.
Testimonios de lunas maternas.
Llaves de la piedra,
militantes en el túnel paciente de las horas.
Con un terrestre cansancio de herradura,
con sabia furia,
remontan el humo antiguo de la mentira
y paso a paso lo desdibujan.

Menta de la poesía en nuestras dos bocas.
Allí donde gira el corazón del crepúsculo
ellas enredan sus zapatos
y perdidas en las brasas de ese naufragio
besan las germinales barbas del amor.

Poesía.
Agricultura sudorosa que elige a los descalzos
para sacudir su infinita cintura de futuro.
Tambor de la historia, subterráneo,
armado de distancias,
con la edad del pan en el pulso.

CORDURA

Los hombres recogen con antiguo hartazgo algunos olores,
despiadados olores que atraviesan los días.
El tiempo se vuelve un canasto sudado,
una distancia pesada
que nunca sospecha cómo se mojan callados
los lugares del sol.
Allí donde la vida no es una arruga,
es quien desteje piedras ahuyentando ruidos,
tropezando con risas
y celosías abiertas,
con el viento que sacude en la sangre madrugadas.
El sol utiliza un dialecto de estrellas
y salen a cosecharlo aquellos virtuosos del encuentro.
La mano que riega el árbol del ausente
y el perro que sigue a quien lo mira.
En aquellos lugares la vendimia escucha a los que cuentan
un amor terroso, confiado,
crecido en la abundancia de las noches
que desvisten al fuego
y entienden de una vez y para siempre,
que el trabajo se empapa de razones
cuando el aire siembra vuelos.
Entonces el sueño es calmado.

Los hombres recogen con tristes golpes sabores filosos
que entristecen a los días.
El tiempo se vuelve un tajo,
un hueso,
una casa vacía
y la vendimia no trae en sus pasos
la techumbre de un cielo que alumbra,
Y sin embargo existen lugares
es una mujer que abraza a los muñecos de su locura.
donde los oídos custodian labranzas, papeles y ollas.
donde apoyan el calor los amigos del vino.
Los hombres allí conversan
y el verde es una gran mesa
Aquellos que al levantarse
leen de golpe el sol de las ansias
y se van a convidarlo,
a lavar la siesta,
a tenderla entre los álamos.
Cocinan arropes
cuando las veredas son gargantas sanas
de un tiempo rescatado.
De un tiempo con sol en la cara,
cuando aún no es tarde para probar uvas,
para complicarse los dedos entre melenas y pastos.

Tiempo del pueblo obstinado,
el que esquivo,
rompe, sufre
y olvida los granizos de la historia,
los enemigos de su boca,
los que parten en sus rodillas la escalera del tesón.
Enemigos con manos rotas.
El pueblo cuyas riberas son vendimia
es un barco estival.
Calma la sed de la cordura
y hace crecer el solitario viaje del año
mientras silba el pájaro del alma.

AL COMENZAR FEBRERO

Regreso para partir.
Aquella abundancia de caminos
arrogante y turbulenta
ha tamizado mis credos.
En ellos una suerte de soledades
es la geografía vencedora.
No enloqueceré.
Seré contemplativa,
me deleitarán las ficciones
y mis orejas se consagrarán al sonido natural.
El verano aún es carnoso,
dejaré que penetre en mi casa
y sea un guerrero brutal
que engendre al destruir,
como un hacha.
Inventaré con él otra atmósfera,
un delicado lecho de heroísmos.

BARCO

Me quedo en el barco de tu lengua.
En el recorrido azul
que cruza el idioma de los sapos
y se desnuda en el agua.
El agua de la noche
reservada para los cuerpos
atrevidos
enredados a la piel del trueno ingenuo,
el de los pasos detenidos
en la mirada oculta de los sexos.
Siempre abrirás la fruta remota del placer
y encontraré los gajos nuevos.
El encuentro sabio y lento de tus dedos
con mis malvones rojos.
Abrazo abierto al olor cósmico
de la agitada intimidad.
Escritura hechizada nuestro amor.
Sube hasta el hombro de la montaña
y con ella se duerme
poniendo la mano
en el pecho del universo.

LOS DOMINGOS

A veces los domingos madrugan como un juego.
Toman los mates necesarios
y con la cara lavada
se dejan ser en el nombre de un árbol
o en el secreto libro de la casa.
Empiezan a trajinar.
Se regalan una que otra guiñada
en el espejo de los encuentros.
Y se van enderezando
mientras transpiran algún vapor.
Se les antoja vapor de máquina
que los lleve lejos a rodar con lentitud

SÓLO EL MAR

Sólo el mar repite por siglos
por minutos
caballos blancos
y la arena, la arena carnal
los devora como hembra
en el acto más genital del planeta.
El hundimiento del agua
el galopar de la espuma
y este viento conjugado con sal
y con sal dando color
a la piel del hombre
que lo penetra,
que le convida otros pies, otra razón.
El puede con sus rocas,
las entrega a las olas
para que cunda la conversación ancestral,
que sólo las aves
-picadoras del ombligo marino-
descifran con la complicidad de los amantes.
En la medialuna del oleaje
veo salvarse siempre
la castigada alegría
la curiosidad de un niño
y el simple respiro de alguna embarcación.

Sólo el mar da bocanadas de libertad
y masca el miedo antiguo
en un cristalino vuelo de gaviota.
Entonces este olor de algas
de zambullidas primarias
de yodo salvador
y lenguas de acantilados
que sorprenden al poeta
y dicen de la bravura de la creación.

Sólo el mar sale a mirar al amor
desde su estrella de palo
y sus campanas memoriosas.
Desde la torre que aloja un pez
por bandera y victoria.
El mar y el amor
truecan la negrura de los nombres perdidos
y salen con ellos a mirar
la maravillosa constancia oceánica
el quehacer brillante de cada gota
que hace día a día de la vida
un hipocampo vigilante,
atrevido, temerario,

un hipocampo que sumerge
y emerge las delicias submarinas
y con ellas nos devuelve aquellos gestos
de quienes alguna vez
volverán por la línea
que regalan los faros,
aquella que da la espalda
al olvido, al hielo
y a tanta tristeza quebradiza.

Sólo el mar
tiene un pacto perpetuo con el sol
por ello peina y despeina sus rizos
luciendo así su nácar
y la hondura de los vuelos.
Un pacto que perdura
en las redes de los pescadores
las mujeres de la costa,
y en la esencia que cargan
aquella que alimentan en la mirada
y abandonan en algunos tapices
que tejen con el secreto
mojado en cada atardecer,
un secreto multicolor
protegido por la casa
con leyendas de carbón.

Sólo el mar
enreda nuestras cabezas con energía
y cura aquellos gajos que lo casual lastima
los que sangran por la guadaña de los perversos.

Sólo el mar
custodia con voluntad de campesino
nuestros inventos más sanos
y armado con sus poderosas caracolas
con sus habitantes extraños y ligeros
nos horada, engendra y agiganta.

Sólo el mar
hace peligrar al enemigo de la idea,
sólo el mar
con su fragante esqueleto
con su esperma momentáneo
y la leche de sus bandadas.

Sólo el mar
piedra a piedra
ala a ala
nos seduce

y nos goza con los ritos de los enamorados.

DESPEJAR

La altura de los árboles
enhebra plumas
y huele la osadía del viento
cuando éste deja su rastro
en el útero de las nubes.
Enhebra aquel plumaje
que le ceden los pájaros en otoño
y con él conversa la savia
que sucede y persiste,
como a las mujeres el calor en las manos
cuando arremete la noche.
Los árboles jamás se arrepienten
de los complicados territorios que invaden,
el aire con sus ramas despeja
todo el proceder sin sentido
del polvo humano.

HUELLAS Y ENCUENTRO

Recién cuando el agua nos llegue
a las sílabas del respiro,
daremos vuelta por la esquina
que una siesta nos tragó la inocencia.
Aquellas faldas rodaron por edades
que supieron de nombres claros y oscuros.
Pasaremos la lengua por aquellas huellas,
será un buen signo humedecerlas.
Nuestros hijos un día preguntarán cómo fue el inicio.
Cómo la arena se desmaya
desde entonces
en nuestros silencios
y los vuelve comarcas de oleajes inofensivos.
Preguntarán cómo se pinta para siempre
el azul insobornable en nuestra mirada.
Por qué algunos perros
se quedan a vivir en nuestra caricia.
Y cómo se arranca la soberbia de raíz,
para plantar en ese hueco el diario creer.

El agua insistirá con sus manos

de antiguo caminante,
entrará por las rodillas de la memoria
y lavará con picotazos de cóndor
con fuego de cocina
con un beso de medianoche,
los escritos demoledores de quienes zapatearon
sobre nuestras razones cristalinas.
Siempre hay que volver.
Hay que sentarse una y otra vez junto al amigo
junto a la luz que la luna cuida.
Siempre hay que volver
a pisar descalzos la mañana intacta
y con su leche nutrir nuestras cabezas.
El día necesita que lo miremos de frente
y lo convidemos desde el saludo.
El sólo se duerme
si le dejamos el corazón muy cerca.
Los martillos y las fresias de las horas
saben conversar,
son la sangre de sabios maderos
los que levantan siempre otra vez
un lugar,
un fragante lugar de encuentro.

PÁJARO VERDE

Si las rocas están escritas con los dedos del mar
y por ellos cuentan del tiempo su historia melnuda,
es la voz verde de un pájaro el himno de este momento.
Un pájaro que entre los hombres fue hombre nuevo,
una recopilación de sazones y horizonte,
un canto meditado largamente en aleros generosos,
la confesión que aloja al día con sus pétalos y abismos.
La voz de andar desnudo en la tierra roja
con la crecida conversación de los helechos
y el prestigio de cortar leña para hacer de la vida
un fuego aliado de sierras y aljibes.
Entonces el trabajo es un naranjo repleto,
sabroso de verdades,
hastiado del puntual despojo.
Un arco iris que bebe la bondad de quienes lo acompañan.
La voz que retorna
en todo pueblo que mira su cosecha y su cansancio,
el que convida un plato de comida
y regala la magnolia más alta.
La voz del retorno
en quienes hurgan el hechizo de la libertad

y se impregnan de sus memorias.
Suele la pausa cruda de la cárcel
robar algún tesoro de sus desafíos,
pero ellos siempre vuelven
y en la arena del dolor
ofician como vuelo de montaña,
para que la garganta castaña de Aboriamérica
sea un futuro abierto, embrionario,
con el verbo de la audacia,
destino de los que dejan huellas de amanecidas y guitarras.

El Pájaro Verde dio vuelta a las olas
como si fueran páginas,
tantas veces leyó en el agua
que la marea le confió sus puertas
y dijo: "Este es el día de la Poesía".
Pudo nombrarlo.
Tenía la certeza del que piensa al mundo
sin el castigo de las fronteras.
Tenía su sangre el lenguaje perfecto
del hombre que se erige en árbol ante los arrodillados
y persiste en el andar como un río que se reparte.
Con la música de los ramajes, de las riberas
se arrimó a las fogatas
para conocer los sueños del sol
y el sol trepó a su cuerpo de duende selvático,
a la madera de sus cicatrices
y talló la palabra
mientras crecía su complicidad con las aves.
Sus barbas, ventanas a la ternura,
despidieron a la vida con la salud entera de sus raíces
con la oportuna tinta de lo digno.
Su vegetal edad perdura en la nacencia de la flor.
El dispara fragancias a la conciencia
Para izarla como una lámpara, esposa de la noche.
Como una mañana de caballos
él es pensamiento azul
y sinfonía de leyendas tropicales.
Las nubes lo gobernaron
y en ellas se pinta el bosque de su virtud.
Allí donde se halle la gloria de su mirada,
luz insobornable ante el tiempo y sus sombras,
allí habrá poemas creciendo
en los zapatos del silencio.
Rocío en la letra mutante de los niños.
Y ese mate que burla a los guardianes
y serena la nostalgia por lo perdido.
Humo de la tarde pronunciando una tierra sin esclavos
que se deja escalar por una ardilla,
escucha al zurucú

y pone a cocer los nutrientes cotidianos de la justicia.
Poemas con razones de navegante
que repite al amor con jugosas candelas
y cruza el océano sólo por escuchar un piano.
Vieja lluvia que despierta al hombre con su herencia verde,
la que recita embriagada su desvelo milenario por las estrellas.

VIENTRE DEL SUR

El desamparo
como un machete caprichoso,
pulsando el filo de aquellas edades
que alguna vez el azar absuelve.
Las que pasan la noche delectando universos
en el círculo sucio de la mariposa
que toda calle alimenta.
Encandilados
ellos confiesan que no son una cifra, una broma,
una vergüenza.
Son el vientre del sur.
La cabeza que pestañea la cotidiana miseria
que eriza y nunca peina.
Aquellos que maldicen al día
por sus tropezones,
por estar ajenos al vigor de las cocinas
que conversan alumbradas, femeninas,
en el vapor de sus recuerdos.
Por sus templos de sudor,
sus hastíos tantas veces remendados,
por hincar sus nombres
en la moneda que oxida las facciones,
Por las sílabas de sus trapos
amenazadas una y otra vez
en la testaruda pugna por ser palabra.